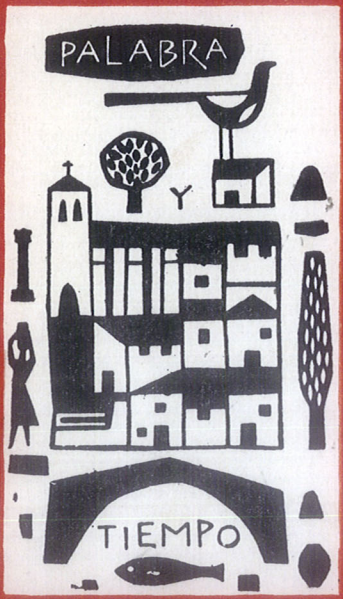
LEOPOLDO DE LUIS

JUEGO LIMPIO



Este poeta andaluz, este cordobés llamado Leopoldo de Luis, está dentro de una corriente que domina la marcha de la nueva poética vigente en España y para la cual los temas eternos de la poesía lírica de todos los tiempos quedan un poco en segundo plano, en beneficio de los temas impuestos por la cruel realidad de cada día. Tal preterición de lo eterno e infinito a favor de lo inmediato y temporal, a la que puede llegar el poeta obedeciendo generosamente a un imperativo de orden humano, supone casi siempre encontrarnos al poeta convertido en pregonero social, enronquecido en la denuncia y convocando voluntades para la reconquista de la dignidad. Esa poesía apellidada social está ahora disfrutando de la aprobación de los lectores españoles y representa, antes que nada, una ventaja pasajera de los poetas del norte, faltos de verdadera tradición lírica, sobre los poetas del sur, donde España ha lucido siempre sus fuentes líricas más puras y más hondas. Cosa curiosa: cuando el poeta que se aviene a hacer de la realidad social tema de sus versos es un poeta andaluz —tal el caso de Leopoldo de Luis— nos libramos de la fatalidad de la poesía —manifiesto que, con rarísimas excepciones, nos parece siempre imprecisa como manifiesto y desgarbada como poesía.

En los libros de Leopoldo de Luis la poesía no renuncia a sí misma por el hecho de avanzar el paso hacia el dolor colectivo. Apenas abiertas sus páginas, reconocemos un paisaje sobre el cual triunfa lastimosamente lo cotidiano de una vida amasada con la amarga levadura de la injusticia. Peregrino más entristecido que indignado, el poeta recorre esos agrios muladares donde el peso muerto apagó todo lo fragante y latente de la existencia. Todo no: fragancia y latido siguen vivos en el corazón del poeta lírico, lo que hace que su incursión a través de la angustia de todos no repercuta en sus labios en forma de arenga civil, sino que aliente una voz claramente humana y profundamente poética.

La realidad social está ahí; pero no como escueto dato estadístico, sino convertida en realidad poética, en substancia lírica. ¿Qué es lo que ha pasado? Ha pasado que el poeta, lejos de limitarse a registrar maquinalmente la realidad social con su mente para dispararla desde lo intelectual al posible auditorio —el intelecto no canta, advirtió Machado—, ha descrito travesía más honda y lejos de devolvernos unos datos sociales supuestamente enriquecidos con una coletilla de coraje, ha llevado la impresión hasta el corazón, dejando que éste sea —el gran labrador de los huertos poéticos— el que diga lo que tenga que decir ante los dolorosos gestos asumidos de la vida.

Leopoldo de Luis queda dentro de la corriente de la poesía social sin quedar por ello fuera de la poesía.

ANTONIO APARICIO
(«El Nacional», Caracas)

JUEGO LIMPIO

LEOPOLDO DE LUIS

JUEGO LIMPIO

PALABRA Y TIEMPO
V
MADRID
1961

PALABRA Y TIEMPO

COLECCION DE POESIA

DIRECTOR

LUIS LOPEZ ANGLADA

Es propiedad del autor. Reservados todos los derechos

Impreso en Gráficas Osca, S. A. - Aravaca, 8 - MADRID-3

Depósito legal: M. 7.347-1961

JUEGO LIMPIO

Con música para UNA CANCION,

por

Isidro B. Maiztegui

CON los míos estoy. He aquí mis cartas,
descubro claramente el juego:
miro la realidad y a este costado
se me inclina la voz por donde muero,

por donde el corazón ligeramente
me vence cada día con su peso
y una pequeña herida hacia la tierra
me va sangrando el verso.

Entre estas manos con que escribo cabe
acumulado todo lo que tengo,
todo lo que sostiene el breve mundo
querido que defiendo.

Cada mañana pongo a flote el barco
que se fue a pique en la tiniebla, el lienzo

de las velas coloco... (Cada día
el barco queda un poco más adentro.)

Soporto humanamente, como cada
uno, mi propio muerto,
y procuro que no me note nadie
el hedor de este triste compañero.

No me resigno a que las cosas vayan
por la tierra peor que por el cielo.
Para cumplir con mi verdad escribo.
(Perdón si soy molesto).

I

LA MISMA HERIDA

EL mundo avanza lentamente. Escucha.
Los pechos fatigados que jadean,
las frentes que altas brisas nunca orean,
las manos que agrio pan tornan la lucha

diaria, le van dando vuelta y vuelta.
Se oye el fragor. La espuma del coraje
llega en el corazón del oleaje
hasta la playa del vivir disuelta.

Manos, frentes y pechos se levantan.
Y luchan, aman, odian, lloran, cantan.
A golpes van haciéndose la vida.

Sumérgete en su mar. De carne y huesos
eres. Somos. Lo mismo. Como esos.
Y respiramos por la misma herida.

METRO «ESTRECHO»

I

ESTA la tarde, como siempre, arriba,
tal un bello animal herido, echada
en la ceniza de las calles, junto
al borde oscurecido de las casas.

Y más arriba el cielo deshaciendo
sus últimos azules casi de agua,
lívida piel desnuda por el aire
de unas manos cortadas.

Y el brillo de una estrella en la pupila
crepuscular. La estrella solitaria
que aquel niño lejano cada tarde
al salir del colegio reencontraba.

Ahora también regreso. Galerías
bajo la tarde. Vidas enterradas,
provisionales tumbas hacia el arco
familiar, hacia el sueño regresadas.

Gestos cansados. Ojos donde pone
la vida su desesperanza.
Manos donde el trabajo deja formas
de humildes herramientas empuñadas.

Leves sombras de tedio por los hombros
poniendo irremediable carga,
inclinaciones lentas a la tierra
curvando día a día las espaldas.

Ahora también regreso. Es como un río
en el que nado hacia la orilla, playa
de soledad, refugio de la noche
en donde la fatiga encalla.

Ahora regreso. Subo la escalera.
Conmigo sube una escalera humana.
Se oyen, sordas, las suelas, casi gimen
contra el cemento una, otra vez rozadas.

Me contemplo entre todos, avanzando
hacia mi soledad. Izo calladamente mi pena hacia la tarde. Apenas
queda ya luz poniente en las terrazas.

Gentes de atardecer vienen conmigo.
Gentes que acaso, sin embargo, un alba
sin alumbrar transportan dentro. Hubieran
podido proclamar una mañana.

Corazones de aurora hay que no pueden
izar el sol porque antes de que nazca
lo ahogan tercamente desde fuera
con tedio y sombra a paletadas.

Mutuamente ignorados ascendemos
juntos —la tarde, arriba, echada
en las aceras—, cae una ceniza
de sombra sobre nuestra espalda.

Nos une esta profunda galería,
este tren bajo tierra, esta esperanza
mínima de llevar a cada tarde
la salvación diaria.

Comprometidos vamos en la misma
partida. La ganancia
es este arribo lento, esta escalera
hacia la luz de cada tarde alzada.

II

Salgo a la luz. Ya casi cenicienta
la tarde como un árbol derribado.
El oleaje aquí me arroja
cada día a la vuelta de un naufragio.

Voy recogiendo restos, esperanzas
que aún es posible mantener a salvo
y las ordeno con esfuerzo una
y otra vez. Es preciso recontarlo

todo de nuevo. No se acaba
nunca de comenzar. Un tiempo, al cabo,
llega en que no es posible. En el principio
entonces para siempre nos quedamos.

Con fragmentos de ruinas, materiales
de derribo ponemos a diario
estas paredes del vivir que luego
se hunden. Sobre la arena edificamos.

Todos los días llego a esta escalera,
todos los días, uno a uno, tantos
que ellos pueden sumar la larga tarde,
la triste tarde de mis años.

Cuando se llega aquí, está la lumbre
de la desesperanza haciendo claro
todo el camino recorrido
que antes no dejó ver el entusiasmo.

Costó lo conseguido cuánta pena,
cuánta constancia frente al tedio, cuánto
hacer de tripas corazón... Ni un solo
sacrificio o dolor se nos ha ahorrado.

Hay otro mundo fácil, otra fácil
manera de avanzar. Mas paso a paso
tuve que ir, tengo que ir. Venciendo
cada mañana un nuevo obstáculo,

con una nueva negación enfrente,
con un nuevo silencio, con un rastro
de indiferencia. A veces me pregunto
si valía la pena el trago

y si no hubiera sido preferible
quemar las naves. ¿Era necesario
poner a prueba cada día el alma
del que no se resigna? Y, ¿hasta cuándo?

III

Siguen subiendo sombras, cuerpos, casi
fantasmas. Pero están conmigo.
Llegan conmigo, mudamente.
Algo común nos trae a igual destino.

Algo común alzamos a la tarde.
Sobre nuestras cabezas cae lo mismo
el polvo silencioso del ocaso
poniéndonos como una marca, un signo.

Nos miramos sin vernos. Avanzamos
hacia la tarde. Mudos símbolos
nos igualan. Entre las manos
la moneda ganada. El limo

del tiempo oscureciendo las pupilas.
En la boca como un sabor antiguo
de pan ázimo y lágrimas tragadas.
Dentro del pecho soledad y olvido.

Una costumbre de desesperanza
también nos unifica. Ya está escrito
que el hábito del desencanto
más grave es que el desencanto mismo.

Pero no perderemos nunca, mientras
este ascender hacia la tarde vivos
continuemos, el empeño diario
de conquistar oscuros heroísmos,

de conseguir las mínimas victorias
con las que el corazón en equilibrio
mantiene aún la realidad y el sueño
y por su verdad cava con ahínco.

IV

Vuelvo a mi soledad. Bate la tarde
ya sólo un ala oscuramente herida.
Contra el acoso triste de la noche
cuatro pobres paredes me cobijan.

He combatido hasta la pena para
ganar mi breve cupo de alegría.
Sólo puedo esperar que en este techo
aún se encuentre la lámpara encendida.

Bajo mi mano que tan sólo pudo
levantar levemente la cortina
para que entrara un día más el sueño
hay una sombra amada que respira.

Y la contemplo. Y veo que es mi mano
la que crea el futuro. Atemoriza
comprenderlo. La llama solitaria,
la pobre luz del corazón, vacila.

Y no se puede vacilar. Bien sabes
que no hay vacilación posible. Estriba
todo en ver claro aunque los ojos duelan.
No tiene el laberinto otra salida.

Ver claro. El aire de la noche cunde
hacia nosotros ahora, nos hostiga
sañudamente. Estoy en sombra pero
hago por ver la luz definitiva.

y V

Tornamos a encontrarnos. Vuelve todo,
sombría noria, a ser como es, como era.
Reproducido ascenso hacia la tarde
de cuerpos que su sombra desentierran.

Salimos de los túneles diarios,
gastamos lentamente la escalera
girando hacia el ocaso al mismo ritmo,
como representando igual escena.

Mi herida soledad se multiplica
entre las soledades compañeras.
Soy uno más hacia la tarde, un mismo
viajero que en su andén la vida deja,

la vida alza lentamente y sube
hacia su realidad, su amor, su pena.
Cada día el final del viaje pone
en el rostro una sombra nueva.

No preguntéis. En el control de entrada
taladré mi billete. En la cartera
firmas, fotografías aseguran
que soy distinto. La verdad no es ésa.

La verdad es que llevo entre las manos
una vida común, vulgar, etcétera.

Subo despacio hacia la tarde. Arriba
vuelvo a mirar la luz de las estrellas.

EL ENEMIGO

CUANDO cierro la puerta y me pregunto
qué hago yo sólo aquí, por dónde salgo
si he tirado la llave y no hay ventanas
y el corazón y el mundo están cercados,

pienso que diminutas fortalezas
somos, que un enemigo ya ha sitiado
y sigue sus conquistas, sigue y pasa
como quien va el camino desbrozando.

Cuando contemplo en la pared colgada
mi verdadera faz en un retrato
que cambia cada día sobre el hielo
implacable y geométrico del marco,

pienso que sólo líneas reflejadas
somos, que un enemigo va borrando

mientras nuevos perfiles ya dibuja
en el mismo cristal, con la otra mano.

Cuando veo crecer la incertidumbre
y la vacilación y el desencanto
y me doy cuenta de que por las noches
alguien tala las ramas de este árbol

que día a día cuido, y me descubro
a punto de perder el entusiasmo,
pienso que un enemigo entre nosotros
nos está poco a poco delatando.

COMO OTROS

1

PIENSO que habrá otros hombres con la
pasión, con igual ansia e igual pena. [misma
Otros que mirarán también como yo ahora
la sombra de la tarde caer sobre la sierra.

Pienso que no será tan sólo mía
la indefinible voz de esta tristeza,
el metal grave de esta duda,
de esta zozobra la sombría arena.

Me he parado a pensar. En el alero
tengo la vida. La esperanza puesta
como una raya sobre el mar. De un hilo
pende cuanto mi pecho más desea.

Pienso que habrá otros hombres. Con sus
palabras expresarme ahora quisiera [mismas
—*Inquietud. Esperanza. Amor. No importa*—
o que a ellos mismos les sirvieran éstas.

Yo no puedo ofrecer más que estas pobres
líneas donde la diaria lucha deja
su vacilante paso sin renuncia
hacia cada jornada nueva.

Ellos podrían enseñarme cómo
al desaliento vencen, esa niebla
que va envolviendo el corazón, y cómo
tras la helada ceniza aún lumbre encuentran.

Yo sólo puedo, una vez más, alzarme
con mi verdad que vale una promesa:
—*No hay deserción*. Levanto esta palabra
de amor y esfuerzo como viva seña.

Y prosigo avanzando cual si nada
mi corazón sobrecogiera,
mientras contemplo por la tarde herida
caer la luz de una paloma muerta.

2

No sé si servirán para otros estas
palabras con que escribo,
con que intento extraer de mi mar hondo
un luminoso limo.

Desplegándolas voy como las redes
sobre la playa. El brillo
húmedo de la sal o de las lágrimas
les da su temblor vivo.

El aparejo estuvo en lo más hondo
del corazón hundido.
Ahora vuelca en la arena de estos versos
su tesoro sencillo:

un pequeño montón de algas sonoras
—*amor, nosotros, esperanza, hijo*—
con las que cada tarde alegro el aire
de mi cielo sombrío.

No sé si servirán. Acaso pasan
soñando con lo mismo
otros hombres, y el ave de la noche
les echa encima su aletazo frío.

Yo froto estas palabras como trozos
de pedernal y brota un fuego activo.
Cuesta tener viva su llama porque
se humedeció la leña en el camino.

y 3

Las palabras son vuestras: las hicisteis
para mí con el barro y la esperanza,
con el dolor, con el amor de todos
los días. Las palabras

con que ahora puedo yo ordenar mi mundo,
ponerme en claro con mí mismo, manan
de antiguas fuentes vuestras. Fuisteis rocas
abiertas para el agua

al toque milagroso. Ahora las tomo
como herencia sagrada.
Con ellas voy a edificar un hueco
de luz, una ventana

donde asome la pobre vida muda,
la vida ciega. Muda y ciega estaba
la vida. Cada hombre fue añadiendo
una voz, una luz. Ahora se alza

la mía. Temerosamente tomo
mi turno. Casi nada
puedo añadir, ¿acaso
este humano dolor tiene importancia?

¿No es como otros, como todos?
Esta menuda y encendida lava
del pequeño volcán oculto
en mi pecho ¿no se repite en cada

hombre? Yo he de añadir ahora
teñida de mi sangre una palabra
al tronco vivo de la voz que espera
los sucesivos brotes de mañana.

Y me paro a escuchar: el tiempo,
aire de oscuras ráfagas,
pasa arrancando llanto o música
de mi pequeña rama.

POR UN VIVIR ACTIVO

I

NO es verdad que tengamos que morirnos.
Nadie se muere si en la tierra deja
una clara semilla que la reja
del arado del tiempo ahinque. Irnos

quedando en los demás día tras día,
dándonos en amor y en esperanza.
Si nuestra voz segura se afianza
en la verdad, no sonará a vacía.

No sonará a desnuda, inútil caja,
sonará a corazón: verso, obra, hijo:
a lo que rumorosamente crece.

Arrancad a la vida esta mortaja
con vuestro propio ser: un amasijo
de tierra y sueño y luz que no perece.

De tierra y sueño y luz que no perece
es esta carne que a la tierra damos
porque somos igual que verdes ramos
por los que un árbol grande y vivo crece.

La vida de la tierra enriquecemos,
en nosotros su gran mar muere y nace
y estos huesos de cal que se deshace
en ese mar son necesarios remos.

Pequeños remos que a mover ayudan
el navío. La vida está encallada,
hundida está en un cieno indiferente.

Que los remos de cada uno acudan
y remuevan la negra agua estancada
y remen, remen más, contra corriente.

HISTORIA

HAN pasado los años y las cosas
que nos vieron crecer jóvenes nada
más que recuerdo son. La tierra ha vuelto
a abrir ya veinte veces sus entrañas
bajo las duras manos que no logran
sino sufrir, pero jamás llamarla
suya, las manos que aún descubren
un cerco oscuro en sus muñecas, manchas
antiguas.
Transcurrieron años;
hijos nos han nacido que levantan
al sol los ojos y preguntan. Saben
que un día... Vagamente hablan
de lo que fue nuestro vivir,
la carne misma nuestra, sepultada
en el tiempo.
Miramos lentamente

hacia la luz que dora la ventana.
El sol ha vuelto ya, miles de veces,
a hundir sus naves en el agua
de la noche y hermosa, limpiamente,
se salvó del naufragio con el alba.

La tierra, el sol, los hijos...
La vida, un oleaje. No se para
en nuestras manos. Sigue, se va, rompe
barreras, ilusiones, vallas,
deseos...
Han pasado años.
Otras guerras han puesto su pisada
de sangre y cieno sobre el mundo, otras
paces soltaron sus palomas blancas.
Naciones han surgido. Pueblos nuevos
se congregan en torno de las brasas
de su reciente libertad. Pequeña
y enorme, en la materia agazapada
una fuerza fue vista por los ojos
del hombre y sus terrores amenazan
el mundo. Entre la rueda de los astros
giran estrellas con la huella humana
en su esqueleto...
Han pasado años.
Angustia comprenderlo. Tanta
vida...
Miramos lentamente.
La tierra, el sol, los hijos...
¿Qué palabras

desdecirán la realidad? ¿Qué hielo
sujetará este río?
Un llanto habla
solo al revés; remonta el cauce; ahonda
la antigua herida.
Todavía sangra.

EL FUSILADO

Mi juventud ha sido fusilada.
No se fusila nunca a un hombre solo.
caen poco a poco nuestras propias vidas.
Miro de forma extraña, si os dais cuenta;
desde la muerte miro de los otros,
desde mi muerte en cada uno de ellos.

Soy aquel joven muerto frente al alba
que avanza hacia su otoño, atravesado
el pecho por la luz de un orificio
por el que se descubren años, sombras,
y un paisaje remoto se trasluce.

De dos en dos. En fila. Los altos paredones
recogen el impacto. Nuevamente
de dos en dos.

¿Adivináis ahora
por qué sacar tan fácilmente puedo
el corazón del pecho y enseñároslo
como una roja fruta hacia el otoño?

NO SOÑAR

1

SOÑAR, soñar... Pero es que somos reales
y reales las manos y los ojos
con que tocamos, vemos los despojos
de vida que nos dejan. Minerales

cuerpos de piedra y sangre: al fin, iguales.
Y andamos entre penas y cerrojos,
amargo sueño sobre los rastrojos,
seca esperanza entre los arenales.

No queremos soñar. Vivir queremos.
Ni esperarla —¿hasta cuándo?— porque es [nuestra
la vida que ganamos a diario.

Soñar, soñar... Morir es lo que hacemos.
Muerte, no vida, es quien nos amaestra,
lo que compramos con nuestro salario.

2

Lo que compramos con nuestro salario
es un trozo de patria silenciosa
donde se va cavando al fin la fosa
a seco golpe de azadón diario.

Es un trozo de muerte. Necesario
es conquistar la vida, tan hermosa,
y que reclama desde cada cosa
al corazón de chopo solitario.

No os aturdáis de sordidez y tedio,
no le deis a la vida ese gran sorbo
de vino malo por matar las penas;

tiene que haber, tiene que haber remedio...
(Y el hombre mira el horizonte corvo
y no ve más que sombra a manos llenas.)

NOSOTROS

I

SOMOS nosotros los que conducimos
la vida hacia la luz cada mañana.

Los astros en su eterno movimiento
sólo descubren soledad callada,
sólo belleza y soledad. La tierra
se abre fría y hermosa. Por su espalda
vuelven los ríos, tornan las colinas
a erguir sus pechos, puros se levantan
los impasibles árboles.
Nosotros
conseguimos que gire la esperanza
sobre la desolada geografía.
Damos la vuelta al mundo en cada
amanecer. Y el sol vuelve a alumbrarnos.
La vida cobra gozo y ansia,
pena y pasión.

Nosotros construímos
así el amanecer; somos la raya
que divide lo exacto de lo vivo,
lo puro de lo vivo que se empapa
de sangre; la frontera
entre lo bello y lo que ríe y canta
y llora y sufre. En nuestra boca
está el secreto: el día, el mundo, hablan
por nosotros. No somos seres
perfectos. Nada puros. Nada
exactos. Nos conmueven
vertiginosas ráfagas,
ciegos limos nos cubren, nos cimientan
movedizas arenas cálidas
y el tiempo torvamente con su estrago
nos amenaza...
Pero tenemos el secreto.
Acaso asusta comprobarlo: estaba
todo perfecto, bello, y viene el hombre
a sembrar la discordia, la cizaña
en medio de la obra sin mancilla,
a salpicarlo todo con su mancha
roja, indeleble...
Pero
sin su huella ¿qué vale la obra intacta?

II

Nosotros somos los que conducimos
la vida.
Vagamente
lo comprendemos: vamos enturbiando
la belleza inhumana, ese
río purísimo. Ponemos
barro y dolor con nuestra muerte.

Nosotros somos esa mancha roja
que turba el ampo de la nieve.
Estigma somos. Imprevisto
desacorde en la música celeste.

De sangre están manchadas nuestras manos
por dentro. Sangre que inocente
llega en las venas a ser ansia
del corazón hasta los dedos.
Eje
de sangre somos que da vueltas
al carrusel del mundo, lentamente.

y III

Nosotros vamos dando vueltas
a la vida. Elevamos sombras
hacia la luz. Hundimos luces
hacia la oscuridad. Y otra
vez levantamos con esfuerzo
las señas luminosas.
Nosotros somos los que fabricamos
las piezas de esta rueda giratoria.
Nadie diría que llevamos siglos
de aprendizaje: aún se equivoca
la mano, aún hay errores
terribles, aún nos falla la memoria.
Nosotros extraemos en el bosque
del tiempo estas verdades, estas pocas
palabras, ramas con que se mantiene
tras la ceniza aún la lumbre roja:
libertad, esperanza, amor, mañana,
hijo, alegría, corazón, no importa.

Nosotros dibujamos con las suelas
de los viejos zapatos una honda
vereda, un hondo surco donde sigue
prendiendo la semilla silenciosa.
Somos los que afirmamos cada día
la realidad: redonda
es la tierra y la vida entre las manos
del hombre debe ser también redonda.

Queremos darle vueltas a la vida.
Por eso no se nos perdona.

EL PARO

DE repente sentimos que este mundo
con tanto esfuerzo nuestro levantado
es un montón de arena solamente
y que se nos deshace entre las manos.

Que no sirvió de nada aquel empeño
de construir tenazmente a diario
los cimientos, los muros, la techumbre
con material de amor y de cansancio,

poniendo entre las piedras la esperanza
y el corazón poniéndolo muy alto
y venciendo al abrir cada mañana
la puerta de la calle el miedo, el pánico

de comprender que cuanto atrás se queda
descansa solamente en nuestros brazos,

venciendo cada noche a los fantasmas
de la desilusión y el desencanto.

Todo lo conseguido no posee
la resistencia de una rama de árbol.
Esta casa de arena puede un día
de repente venírsenos abajo.

Son nuestros mundos sólo montoncitos
a merced de que sople un viento airado
y alise cruelmente los relieves
que en ilusión y tiempo moldeamos.

En el vacío van nuestras pisadas
ciegas. Imaginad, imaginaos
que escribimos en páginas de aire,
que el agua en una cesta atesoramos.

Pasamos nuestros dedos sobre estas
realidades queridas. Es el tacto
de la arena insegura lo que llega
a nuestro corazón. Ahora besamos

el cuerpo que comparte con nosotros
mar de amargura y gota de entusiasmo
y es un sabor de arena lo que el beso
pone en la superficie de los labios.

Somos de arena antes que por la muerte,
antes que por huir en tiempo y llanto,

por esta vacilante arquitectura
de amor y de dolor en que habitamos.

VIAJE

HAN subido unos lentos campesinos
con ojos claros y mirar distante.
En esta roja tierra que delante
de nosotros está se abren caminos

hacia sus soledades jornaleras
donde el pan se defiende con las hoces.
Van mirando en silencio. Sólo voces
de mudez en sus ojos, prisioneras,

calladas, se adivinan. Cotidianos
surcos fueron dejando los aperos
en sus manos. Hay gritos prisioneros,
callados en sus ojos y en sus manos.

El arado del sol diariamente
atravesó sus rostros como un haza.

Un clamor mudo, sordo, se amordaza
en sus ojos, sus manos y su frente.

Baja el tren hacia el mar y una sonrisa
de espuma estará dando a Andalucía
su «claridad salada», su alegría
y hermosura. Hacia el Sur el tren, de prisa,

baja dejando atrás campos de olivos
y eras quemadas, pitas y rastrojos,
paisajes que se copian en los ojos
de estos hombres que callan. Fugitivos

árboles, piedras, lomas... La ventana
del mar desde la brisa y los esteros.
Bajan mis silenciosos compañeros:
los viste el libre azul de la mañana.

LOS ARBOLES

SON los viejos amigos de la infancia,
los buenos compañeros de la guerra.
Por el recuerdo torna su fragancia,
su cobijo brotado de la tierra.

Los contemplamos reales, casi humanos
de áspero rostro gris y cuerpos rudos,
jovialmente crecidos de veranos,
rojos de otoños, de diciembres mudos.

Alzan su vieja estirpe jornalera,
su gravedad remota y campesina
que desde el corazón de la madera
ferazmente trajina

succionando substancias minerales
fluyentes por las venas del subsuelo

para que en sus talleres vegetales
se tornen libres copas hacia el cielo,

volviendo de la marga las materias
en frutales aromas y sabores
e impulsando a subir por sus arterias
el fimo oscuro hasta las claras flores.

Arboles, recios clavos de madera
sujetando la patria piel rugosa.
Torres de luz para la primavera
donde la vida —un pájaro— se posa.

Arboles familiares como manos
de la patria que agitan su hermosura,
como puños crispados en los llanos
gritando su tristeza y su amargura.

Antepasados que la tierra esconde
bajo el viejo solar, y se acumula
la lenta noche del carbón, en donde
la fosilización se manipula.

Los árboles son patria en pie. Los veo
trabajadores forestales, vivos,
con escondido y diario laboreo,
de la raíz hasta la hoja activos.

Toco su carne y toco pueblo y vida,
tierra y patria fecunda toco y amo.

Patria de flor y fruto resumida
en cada tronco erguido, en cada ramo.

La tierra reconoce sus raíces
y reconoce el aire azul sus ramas,
las aves su verdor, sus cicatrices
el hacha y el hogar sus rojas llamas.

En sencillos objetos cotidianos
sentimos su amorosa compañía
creciendo entre la tierra de las manos
con una rumorosa lejanía.

Camino entre unos árboles oscuros
que anclan en realidad este paisaje
de luces y perfiles inseguros
hacia un extraño, alucinante viaje.

A sus troncos me agarro con firmeza
para no naufragar por el ocaso.
Se pierde el capitán de la tristeza
noche adelante. Yo sigo mi paso

mientras un bosque crece en torno mío
como un mar de madera firme y prieto
y un familiar y largo escalofrío
de patria me recorre el esqueleto.

UN NIÑO

SÉ que en alguna parte llora un niño
bajo la soledad de las estrellas,
en medio de un desierto que transitan
sombrías, sordas multitudes ciegas.

Sé que un niño escondido está llorando.
Su pequeño vagido hasta mí llega
sobre el fragor de carne y de metales
que produce al girar la enorme rueda.

Por encima del mundo, acaso al fondo
del mundo, el diminuto dolor suena.
Miles de pies lo aplastan diariamente
en vano contra el centro de la tierra.

Inútilmente lo sepultan manos
en la amargura y en el odio tercas

arrojándole gritos como sordas
paletadas de arena.

Busco a ese niño en todas partes, bajo
todas las cosas, tras de cada puerta,
y en cada rostro quiero descubrirlo
como al mirar detrás de una careta.

Miro a las gentes que se agitan, pasan
con su sombría soledad a cuestas,
fabricando su muerte poco a poco
sin saberlo siquiera.

Pregunto a la desesperanza, busco
entre la población de la tristeza,
interrogo al silencio de los barrios
del sueño, indago en las esclusas de la pena.

Demando a los felices, a las blancas
dentaduras de risa. A los que reinan
en este reino. A los que otro, alto
y eterno, alegremente esperan.

Pero no escucha nadie
mi voz, su llanto, acaso a nadie llegan.
Como vaga memoria se repiten inútiles.
Igual que vagos gestos en la niebla.

Y sin embargo está en alguna parte.
O en todas partes a la vez. La piedra

abrupta, el rojo campo, el hondo
horizonte, sus ecos doblan. Trémula

la mano del otoño entre los árboles
trae su gemir. Toda la primavera
no basta. Todo el ciego estío
es inútil. Su llanto es nieve que se acerca.

Tengo que hallarte, pobre niño.
Al fondo de los días tu honda queja
duele y están tus lágrimas cayendo
sobre cada palabra verdadera.

¿Es esto la esperanza, ir a buscarte
por todos los caminos para impedir que
[mueras,
recoger ese llanto como una dulce lluvia
de salvación, como un bautismo sobre tanta
amargura seca?

LA REALIDAD

NO, no quiero los sueños. Es la vida,
la realidad la que nos llama. Escucha.
Son las cosas estrictas que tocamos
las que nos prestan su difícil música.

Difícil, sí, difícil es alzarse
desde el silencio de la pena abrupta
y tocar con los dedos aún heridos
estas candantes realidades duras.

Pero lo mismo que esos pobres árboles
frente a los brazos del otoño luchan,
hemos de defender hoja por hoja
la rama viva que nos da la fruta

de la esperanza, que hace cada día
esa naranja un poco más madura.

Contra el inevitable helor del tiempo
que tus amantes manos la recubran.

No. No es el sueño. Es esta vida diaria
la que hay que comenzar de nuevo. Busca
en mí el esfuerzo y la sonrisa. Míralos.
(Aunque los finja por vencer tu duda.)

Porque era esto lo que contenía
aquella caja de sorpresas...
Nunca
podremos ya volver atrás. La tarde
sombra a nuestras espaldas acumula.

PATRIA TIERRA

LA vida nos rodea con su cerco
de luz y de misterio transparente.
Somos nosotros mismos la vida, hijo. Te acerco
a mí y ambos miramos las cosas lentamente.

Somos cual dos obreros de este taller del [mundo
en donde se elabora la vida; cada paso
tejemos un pequeño hilo; cada segundo
acercamos un poco el ascua hacia el ocaso.

Llevamos en los ojos brillando la hermosura
del continuo milagro. Nos brota la sorpresa
como la luz de una mañana pura
siempre arriesgada en una nueva empresa.

El agua en nuestro rostro a diario nos bautiza
de sencillez primaria. El sol nos cubre

como al árbol y al trigo, de oro y de ceniza;
la tierra vegetales raíces nos descubre.

Y vamos contemplando misterios cotidianos,
labores sin fatiga, colores asombrosos.
Azules primaveras, encendidos veranos,
áureos octubres, blancos diciembres silencio-
[sos.

Y vamos contemplando este claro prodigio,
esta difícil sencillez. Los días
dejan sobre las cosas su dorado vestigio,
labran su breve paso en pequeñas estrías.

De una acción diminuta, de latido a latido,
de segundo a segundo, va surgiendo la obra
inmensa de la fábrica viva, va sostenido
el tiempo en su incansable y exacta maniobra.

El quehacer vegetal se colma cada día
desde el hondo cimiento de la tierra:
los brillos cereales, la frutal lozanía
que al frío zumo en su tersura encierra.

Colaboran aquí los hortelanos
con la matriz terrestre y el arroyo
y ponen la corteza de sus manos
en la miga del barro que hace el hoyo.

Se fecunda la tierra bajo el cielo de octubre,
bajo el nublado cielo sudoroso

del labrador. La vida se recubre
de una grave alegría, como un llanto copioso.

Acude la materia con su muerte,
con su despojo de apagado brillo,
y en puras rosas su dolor convierte
por la humilde ternura del mantillo.

Más abajo del árbol, de la espiga y la rosa
los siglos van formando un corazón oscuro
donde el carbón la noche de sus plumas reposa
y el metal acumula su terciopelo duro.

Nos sentimos en esta tierra activa,
germinal, laboriosa, casi humana,
o casi tierra, vertical y viva,
nosotros. Hueso que a raíz se hermana.

Somos, hijo, como otros dos obreros
de este taller. Nuestro quehacer diario,
nuestra labor de oscuros jornaleros
de vida, es un latido pequeño y necesario.

El mundo en nuestras manos también descan-
[sa un poco,
también en nuestro eje la vida, hermosa, gira.
Se torna más humano cuanto tocas y toco.
Qué hermosamente el sol remonta el cielo.
[Mira.

LOS NOMBRES DE LAS COSAS

SI decimos *madera,* se oye el viento
poniendo entre los árboles su música,
como cuando al nombrar el *pan* nos llega
vaho caliente de la mies madura
y al decir *vino* es un otoño claro
lo que nos toca con su mansa lluvia.

En el ala del nombre cada cosa
trae el olor de una substancia pura,
la lejana verdad de su materia,
los cálidos cimientos que la fundan.

Si decimos *madera* suena el golpe
del leñador entre las altas plumas
vegetales, la sombra campesina
si *pan* decimos fugitiva cruza
y la mano artesana que levanta

la nívea luz de la amasada espuma,
y el rumor jornalero en los lagares.
si *vino* dice nuestra voz, se escucha.

En la arcilla del nombre cada cosa
como en pequeños ríos acumula
el humano sudor, el noble esfuerzo
para su claridad primera y última.

Hasta nosotros vienen nombres, cosas:
madera, vino, pan, metales, frutas...
Satélites diarios nos rodean,
sus solícitas sombras nos ayudan.

Tienes que pronunciar los nombres, hijo,
de las cosas sintiendo su profunda
realidad de materia y su invisible
condensación de vida. Tal la pulpa
de una almendra, en la cáscara del nombre
trozos de vida, vidas diminutas,
duermen y se despiertan en tus labios,
hijo, cuando tus labios las pronuncian.

BUSCANDO EL ALBA

1

PERO algo cierra el paso. Hay que apartarlo
y abrir caminos otra vez. Si rojos
sangran los dedos, sangran más los ojos
de ver cundir el fuego y no apagarlo.

Abrir nuevos caminos. Aunque cueste.
No están todos cegados. En el muro
hay grietas. Aún la noche pone oscuro
el corazón. Pero el camino es éste.

Escuchadlo sonar. Aún vive el muerto.
El fusilado. El perseguido. El loco
de atar. El maniatado. Se incorpora.

Llamad, llamad. El hombre está despierto
bajo infame modorra. Tocas, toco,
tocamos otra vez el alba. Ahora.

2

No sé si alcanzaré lo que hoy escribo
o será al alba, hijo, sólo tuya.
Pero antes de que el tiempo me destruya
quiero decir que porque vivas, vivo.

Quiero creer, y el soplo que recibo
de la vida y la tierra, que refluya
a ti, e igual que el hierro y que la hulla
de esta mina que soy salgas tú, activo,

potente, vencedor: metal y sueño,
alba y amor, verdad libre y hermosa,
hombre con un mañana puro, ileso.

Hombre avanzando hacia la luz, risueño.
Aunque se hayan quedado ya en la fosa
mis pobres ojos que soñaban eso.

II

UNA CANCION

MAS CLARIDAD

COMO el camino está oscuro
es difícil caminar.
— En algún sitio hallaremos
más claridad.

— Noche de diciembre cae
sobre el campo sepulcral.
— Ya vendrá abril y en sus manos
más claridad.

— Sobre nosotros el tiempo
deja su sombra fatal.
— Otros nos siguen que tienen
más claridad.

"Más claridad"

poesía: Leopoldo de Luis

Música: Isidro B. Maizlegui

Moderato

Introducción

Canto: Po-drá el ca-mi-no ser más es-

-cu-ro es di-fí-cil es-cu-char. En el quin si-glo lle-

-ve-nos más cla-ri-dad. Vo-che

de di-cien-bre ca-e so-bre el cam-po se-pul-cral.

Ta cen-dré a-bril ¡que sus me-nos más da-ri-dad. So-bre no-

-so-tros el tiem-po de-ja su sem-bra. Ja-tal. Ó-tros nos

Si - guen que tie — ne — más ela — ri - dad —

Na - die vie - ne con no - so - tros..., mis her - ma - nos; bri - de es - tá

los hos de ver cuan - do la - ya más ela - ri - dad De la - - -

tie — ra se le - van - ta la pá - ra quién - ro - lo va - En la - - -

tie — rra bri - al - gún di - a más ela — ri - dad —

más ela — ri - dad.

A Leopoldo de Luis

Con la mejor

El Clarificador

— Nadie viene con nosotros,
mis hermanos ¿dónde están?
— Los has de ver cuando haya
más claridad.

— De la tierra se levanta
la pena que hiriendo va.
— En la tierra habrá algún día
más claridad.

III

LA EDAD DE LOS METALES

TRABAJO con el hierro y la amargura,
con el acero azul y la esperanza,
con el cobre y la chispa luminosa,
con el plomo y la simple verdad del agua clara.

Sencilla metalurgia del diario
golpear en la fragua
forjando los objetos que quisiera
utensilios de forma necesaria.

Los metales sonoros, laboriosos
ponen ante los ojos su enseñanza:
batidos, trabajados,
pero seguros, resistentes. Nada

puede con ellos. Escondido
está su brillo hermoso tras la capa

injuriosa del tiempo, tras la herrumbre,
el cardenillo, el vaho que los infama.

Con esos cuatro nombres:
amargura, verdad, luz, esperanza,
cemento sin cansancio, como obrero
metalista, mi voz y mi palabra.

La amargura *me cerca y la domino,*
la verdad *clamo, la* luz *busco, el ala*
de la esperanza *el corazón me roza,*
y voy hacia el mañana.

No soy más que un obrero que maneja
sus metales humildes
y de su fe y su esfuerzo se contagia.

METAL CALIENTE

BRILLO entonces la edad de los metales
bajo el sol rojo y alto.
El bronce se hizo sombra, el hierro grito
y el plomo espesa lengua del verano.

Tembló la plata, el oro
improvisó un otoño de desmayos,
duplicó el cobre su veneno verde
y en el acero el viento se vio pálido.

Saltó una mineral tormenta, como
un vendaval de hierro desatado.
Las viejas armaduras deshicieron
su historia. Los soldados
de plomo perecían en defensa
de sus inmóviles caballos.

Las campanas doblaban por vez última.
Salieron de su alvéolo los clavos,
y las sillas del parque sus tijeras
estrepitosamente replegaron.

Brilló la edad de los metales. Bronce,
cobre, cinc, hierro, acero, estaño.
Largas hojas sonaron al sol vivo
extendidas, alzadas como manos
agitadas y rojas
por la sangre de hermanos.

LA MINA

HOMBRES, mujeres, niños. Trabajamos
todos en esta mina desde el alba
hasta que el sol, como la fe, se vence
y la noche nos cubre con su manta
y a tientas nos cogemos de las manos
para ahuyentar la soledad helada.

A la mina tornamos diariamente
por sordas galerías sepultadas
bajo la libre luz que queda lejos,
que flota lejos como nube alta.

Sonámbulos mineros silenciosos
contra el mineral ciego se desgasta
nuestro esfuerzo. Dejamos contra muros
sombríos el temblor de la mirada,
contra vetas rocosas escupimos

la pena igual que una saliva amarga
y el corazón sentimos vacilando
tal la luz de una antigua lámpara.

Contemplo lentamente algunas veces
cómo vienen y van mis camaradas,
cómo una yedra de costumbre amolda
al humano trajín su hoja parásita
y con fervor, casi con alegría
giran los torsos y los brazos se alzan.

Somos obreros de esta mina. Estamos
todos tocados por la misma lacra.
Respiramos el mismo gas, la misma
humedad nuestros huesos cala.

Somos mineros. Trabajamos, mientras
brilla un sol libre arriba, desde el alba.
Buscamos un metal hermoso pero
difícil: la esperanza.

LA GOTA DE MERCURIO

UNA pequeña gota de mercurio
pesando va en mi corazón. Golpea
grávidamente ¿desde cuándo? Sólo
sé que se ha convertido en compañera
y se ha alojado tan adentro que ahora
ya no sería yo de no tenerla.
Una pequeña gota de mercurio
que cae al ritmo de mis venas,
que circula en mi sangre, que mis labios
azoga un poco cuando al hablar tiemblan
y que me pone como un brillo oscuro
en la mirada, si os dáis cuenta.
Una pequeña gota de mercurio
en mi corazón pesa
y desde antiguo se me nota algo:
llamadla la tristeza.

Pero es muy poca cosa.
Es una gota, ya sabéis, pequeña.
Una invisible gota que no quiero
derramar. Va conmigo. Sea.
Mas no contagiará la voz que pongo
entre todos a prueba
para clamar contra una lluvia
que enfurecidamente arrecia
sobre otro corazón múltiple, sobre
el corazón de todos los que esperan.

Olvidad esa gota diminuta.
Es una lluvia de mercurio, terca,
grávida, gris, mortal, la que reclama
nuestro dolor y nuestro esfuerzo y nuestra
palabra que levante como un dique
hasta las mismas piedras.

Esta pequeña gota
cuando hay un mar
no cuenta.

CONDUCCION

EL plomo fontanero
con su modesta ropa de trabajo
por laberinto gris de tuberías
nos trae hasta la casa ese regalo
tan sencillo del agua.
El cobre
electricista, el rojo hilo, relámpago
que cabrillea entre la estrecha nube
de su funda de amianto
nos trae la luz, instaura
cada noche el milagro
de sus pequeños soles.

El plomo. El cobre. Necesarios
camaradas. Como ellos
por escondidos tubos subterráneos,
por aéreos hilos invisibles,

calladamente demos paso
a un agua de verdad, a la luz clara
de la esperanza. Hagamos
con humildad esta labor de buenos
conductores, de humanos
metales conductores hasta el último
rincón oscuro de la casa, el más lejano
lugar del corazón de cada hombre.

La poesía, un agua, una luz que a la mano
de pronto viene, desde qué altas fuentes,
desde qué ciegos ríos despeñados,
qué sierras de dolor y amor no cruza,
en qué generadores de entusiasmo
no se transforma. Todo
hace posible ese fluído, ese arco
luminoso. De todos,
hombres, cosas, paisajes, ese vaho
se condensa y nos llueve sobre el pecho
cuando el verso escribimos. Devolvamos
a cada uno su luz, su agua,
verdadera palabra, himno esperanzado,
igual que los metales que conducen
a nosotros clarísimos milagros.

LA FRAGUA

COMO el herrero contra el yunque día
a día el duro material trabaja,
tomo el metal oscuro de estos versos,
la sonora hoja azul de estas palabras,
las saco al rojo de mi lumbre, templo
su hierro sumergiéndolo en el agua
de mis ojos y busco una vez y otra
conseguir un acero de esperanza.

Todos vosotros golpeáis conmigo
en la misma materia cotidiana,
sonáis en este yunque, o soy quien suena
en vuestro golpear cada mañana,
como el hierro común en que las manos
de todos su seguro temple salvan,
y mi voz es tan sólo como una
mínima estrella que en el aire salta.

Pequeña estrella roja, breve esquirla
de luz. Golpeo. Golpead. Un ascua
puede encender, quiere encender. Su brillo
sueño que sea una sonrisa humana;
no llegará a ser rayo de alegría
pero algo más será que inútil lágrima.
Chispa menuda que del hierro oscuro
nace de pronto estremecida y clara.

Nuestro metal batimos. Nuestro acero
templamos. En la terca noche flagran
como constelaciones diminutas,
astros fugaces, luminosas patrias,
siderales espumas que las olas
de los sueños libertan y levantan
desde el fondo del pecho, golpe a golpe
del corazón, esa pequeña fragua.

EL METAL MALEABLE

METAL que he de dar forma entre mis dedos
y que sostengo ahora entre mis manos,
metal de amor y vida en el que escucho
sonar mi corazón continuado,
en el que veo el brillo de mis ojos
como un pequeño e infantil relámpago
y el color de mi sangre sostenido
como la veta de un filón lejano.

Materia maleable, dúctil trozo
de vida, dócilmente moldeado.
Yo temeroso artífice, inseguro
fundidor de tu ley, pobre artesano
de tu futura forma, cada día
tiemblo al tomar de nuevo mi trabajo.
Soy el obrero que se para y mide

sus fuerzas: pocas para su entusiasmo,
su valor: menos que su amor, su esfuerzo:
capaz de cometer un fallo.

Y te veo cobrar temple y dureza,
vivo metal que amo,
y pienso que en tu eje irá la vida
cada vez más, girando,
y que la ley para otro metal nuevo,
para otro mundo nuevo, está en tus manos
y que se forja desde la esperanza
en ti la libertad en que esperamos.

Por eso quiero, metal mío,
que siempre des sonido libre y claro.

EL HIERRO

EL hierro es un obrero silencioso.
Torso desnudo, está junto a la fragua,
resiste en sus costillas el cemento,
el pecho fiel de la techumbre ampara,
da pies a la premura de las ruedas
recorriendo primero la distancia.

El hierro es un obrero sin fatiga.
Llega el primero al tajo, suda, gana
la confianza con sencillo esfuerzo,
con vocación diaria.
Ofrece casi mudo
sus firmes brazos y sus manos anchas
duras, de jornalero. Pobremente
vestido va entre planos, mesas, cartas.
Todos cuentan con él. Leal, el hierro
generoso, seguro, nunca falla.

Vosotros, compañeros suyos, los que
colaboráis con él desde la fábrica,
desde el andamio, desde el yunque, desde
la vía férrea, ¿no es un camarada
verdadero? Decidlo.

Lo mismo sois vosotros: hierro vivo,
hierro trabajador que sufre y calla.

EL CLAVO

EL clavo está, delgado como un hueso,
como un grito desnudo y hecho sólido
que en la pared hubiera penetrado
con su punta sonora. Como un ojo
de hierro que contempla fijamente
desde la soledad del mundo todo.

El clavo es un testigo de la vida,
espectador humilde y silencioso
pero implacable. Yergue su dureza,
su rigidez de dedo sentencioso
y nos acusa y nos disculpa. A veces
lo tapamos con un cuadro, un adorno,
con una prenda despojada, casi
queriendo ahogar su grito mudo y hosco.

Pero sabemos que él está debajo,
aferrado con un tesón indómito
a la pared que nos cobija.
El clavo
nos sujeta ese mundo transitorio
que flota suspendido, nos agarra
la realidad, la clava al firme hombro
del muro de la vida.
A veces sombras
fantasmales, vacías ropas somos
flotando por el sueño, rotas ramas
sin raíces, sin árbol, y de pronto
a un clavo hemos de asirnos, a un ardiente
clavo para volver a ser nosotros,
para sentir la realidad, la diaria
realidad, pared firme a cuyo apoyo
deja la vida sus irrenunciables
verdades, pone el tiempo sus sollozos.

LA BISAGRA

SUS dos alas cuadradas
son casi humano hueso,
casi rodilla o codo, casi mano
que abre y cierra en el aire azul los dedos.

Por ellas la ventana de este muro
a la luz matinal rompe su vuelo,
la puerta de esta cárcel deja
ir hacia el horizonte al preso.

Son dos alas minúsculas de plumas
oscuras que enrojece el tiempo.
La soledad pone un dolor de pájaro
cautivo en el gemir del perno.

Nosotros somos goznes y la vida
se abre y se cierra por nosotros. Hemos

de hacer que la esperanza,
la libertad puedan tener acceso.

Volando con un ala,
con la otra a la pared sujetos,
cerrando el paso a la amargura,
a la alegría abriéndolo.

EL IMAN

HAY algo que nos llama y que nos funde
a un corazón de cálida materia,
algo que nos confunde
en la sangre imperiosa de esa arteria

que hace latir la vida
y le da ritmo al mundo asiduamente,
una fuerza total y repartida
como oculta simiente

para fructificar en cada tierra,
en cada pecho humano.
Fruto que se abre. Fosa que se cierra.
Vida multiplicada mano a mano.

Hay algo que nos llama y nos descubre
que somos tierra hacia la luz viviendo.

que somos claro abril, ardido octubre
y diciembre cayendo,

pero que nos cumplimos y nos damos
en la viva cosecha que rendimos,
lo mismo que los ramos,
igual que los racimos.

Ese imán que nos llama y nos congrega
nos hace caminar por la esperanza
porque vivir es una fuerza ciega
que el mundo cada día nos alcanza.

Y aunque la soledad algunas veces
nos tiente, y la amargura,
puede pagar con creces
la vida tanta oscura

traición como sufrimos, tanta ruina
como han ido poniendo a nuestro paso,
tanta árida rutina,
tanto dolor, tanto fracaso.

Pero no somos solamente hueso
que una cal de tristeza nos deshace,
somos también como el metal, por eso
nuestra voz suena y el azul renace

en nuestros ojos, y un imán nos iza
a la altura del tiempo, y su soporte

nos presta. Piedra imán nos magnetiza.
Tal vez seamos agujas que a la vida den norte.

RECUERDO PARA ANTONIO MACHADO

BAJO los cementerios, los trigales,
el tiempo la simiente hace madura.
Bajo los montes brillan los metales,
estrellas hondas de la tierra oscura.

Simiente, metal puro en otra tierra
pero aquí florecido en altas luces.
Aquel paisaje que dejaste en guerra.
Contra él seguimos dándonos de bruces.

España hecha de amor y sufrimiento,
de pueblo campesino y de tristeza,
hecha de sombra y luz y viento,
de miga y de corteza

como un pan candeal grande y redondo
para comer a trozos cada día,

espera aún. Tu verso suena al fondo
de su antiguo silencio, todavía.

Tu verso de agua y tierra y pueblo vivos,
tu realidad de cotidiana espera,
tu espuma gris de soledad y olivos,
sonando grave hacia la primavera.

Sonando como el río por las hondas
piedras (que piedras somos de este cauce),
igual que el viento suena entre las frondas
(que fronda somos de un herido sauce).

En cada árbol, en cada piedra, en cada
soledad va sonando, voz desnuda
—bajo los años—, voz sólo, arrancada
—bajo la tierra— voz de hueso, muda

palabra de tan clara y transparente.

Bajo los cementerios, los sembrados,
con su esperanza alumbra la simiente
piedras caídas y árboles talados.

ANDALUCIA, JULIO

SUENA la tierra cuando la pisamos
cual si el metal sonase de su entraña,
cual si crujiese el sepultado hueso
o la raíz que chupa su substancia.

Suena la tierra al Sur. Campos ardidos,
secos rastrojos, cenicientas matas,
olivos negros para la aceituna
que rueda ciega hacia otras patrias.

Resquebrajado suelo, tierra roja
y amarilla que el hambre resquebraja,
que el sol cubre de vaho blanquecino,
de vaho que tiembla de desesperanza.

Suena la tierra bajo el pie que pisa
rencor y soledad y hambre. La hogaza

pobre suena al andar por su corteza
el pie desnudo y triste de la patria.

Tierra, ¿qué dices? Soledad, ¿qué dices?
¿Qué decís, rencor, hambre?... Callan.
Sonaron unos pasos. Hierro y sangre
y sol crujiendo contra el suelo. Nada.

CANCION DE LA PLATA

DE plata son los ríos
que bajan a mi orilla con tus besos.
De plata, amor, son esos
sueños tuyos, tan míos.

Cuando me miras son, ya plata pura,
la luz y el aire más brillantes
y tus ojos amantes
como de plata oscura.

Hoja de plata, canta
tu amor y tu alegría.
Cuando me trae tu risa cada día
de plata es tu garganta.

De plata es el sonido
del tiempo cuando pasa

poniendo en la ternura de la casa
un eco estremecido.

Plata caliente eres. Pura brillas
desnuda hacia la aurora.
Fundidas irán siempre, como ahora,
amor, nuestras orillas.

LA LLAVE DE LA CASA

ESTA llave es un breve trozo vivo
de metal moldeado por los dientes
del amor. En sus guardas va el motivo
de un mundo de verdades suficientes.

Como un pequeño sexo penetrante
en el silencio de la cerradura
crea el prodigio de una vida amante,
de una querida realidad segura.

Su media vuelta nos devuelve cada
tarde a la paz sencilla y silenciosa
donde no llega la amargura y nada
altera la pasión de cada cosa.

Cuando hacemos girar la llave todo
se vuelve familiar, poroso, tibio,

impregnado de nuestro mismo modo,
transfigurado para nuestro alivio.

En el metal se encierra de la llave
un esfuerzo interior que nos sostiene;
es como el ala única de un ave
que a nuestro lado todo el día viene

y que despliega su cromada pluma
en un alegre vuelo, con un brillo
que fulge ocultamente por la bruma
oscura y limitada del bolsillo.

Qué aleaciones de esperanza y sueño,
de verdad y ternura qué amalgama
funden el trozo de metal pequeño
que el rojo imán del corazón reclama.

La llave es un timón, es como un remo
que a puerto cada día trae la nave.
Cuánto amor se condensa en el extremo
de este metal precioso de la llave.

LA MONEDA

ESTA en mi mano. Vale lo que cuesta
ganarla una jornada con la pluma,
con la pala, el martillo, la sufrida
herramienta que esfuerzo y fe acumula.

Lo que tú y yo sabemos cada día
cuando el amanecer con su hombro empuja
nuestro sueño y el agua nos devuelve
la simple realidad de su frescura.

Vale lo que tú sabes, camarada
que desandas la calle de penumbra
mientras la tarde herida por el cielo
de tu frente su azul hermoso nubla.

Lo que sabe el que vela en el silencio
nocturno y el que amasa la blancura

candeal y el que rueda hacia la aurora
entre carbón colérico y espuma.

Vale lo que el esfuerzo acumulado
contra los materiales. Sólo es pura
cuando la mancha esa verdad, la funde
ese esfuerzo diario y la reacuña.

Sin sonrojo se impide solamente
así que quien no tiene nos la escupa.
Sólo consigue así nuestra alegría
frente a tanta tristeza una disculpa.

Brillante aleación redonda. Sueños
de lejanos metales en la cuna
de la tierra y a golpes de la sangre
minera desgajados de su hondura.

Herida de troqueles, perseguida
por fríos dientes y sombrías uñas,
pequeña hembra de metal odiado,
de carne a ciegas deseada. Aúllan

perros de hambre y codicia en el enero
permanente y helado de su luna.
Se oye al fondo del tiempo. A miedo y pena
a pan y a sangre suena su agria música.

Está en mi mano. Vale lo que cuesta
ganarla. Nos libera y nos angustia.

Redonda esclavitud. La verdadera edad de los metales inaugura.

LA FE

HAY una fe enquistada en las montañas
igual que los metales en las rocas,
como un filón en anchas capas brilla,
como una veta mineral y roja.

Incrustada en la tierra vive y hace
cimiento a nuestros pies, materia sólida
para nuestra esperanza que edifica
sus torres luminosas.

Se gana con esfuerzo. Desde el fondo
del pozo metalífero se asoma
en un breve fulgor a las pupilas
del minero, disuélvese en su boca.

Resistente, segura, entre la ganga,
entre sustancias ciegas, en amorfas

pellas que arrancan nuestras manos vive,
corazón de la mena y de la escoria.

Como el metal. Arrebatada a trozos
de diaria amargura y vida hosca.
Fe del cinabrio y la pirita, grave
fe de la blenda, terca y laboriosa.

MINA OSCURA

ESPAÑA, mina oscura de metales
de llanto y sueño, yacimiento pobre
sobre el que pasan arañando, sobre
el que levantan sombras sepulcrales.

Patria de hierro. Hoja de puñales
cambiada por monedas de agrio cobre,
afilada con triste agua salobre
contra desesperados pedernales.

Olla redonda, patria, gran caldero
para cocer el rojo caldo ibero
que envenenan remotos cardenillos.

Secreto corazón de plata madre.
Guarda tu noche un can para que ladre
a una luna de hoces y cuchillos.

INDICE

Págs.

Juego limpio 9

I.—LA MISMA HERIDA

La misma herida 13
Metro «Estrecho» 14
El enemigo 26
Como otros 28
Por un vivir activo 34
Historia 36
El fusilado 39
No soñar 41
Nosotros 43
El paro 48
Viaje 51
Los árboles 53
Un niño 56
La realidad 59
Patria tierra 61
Los nombres de las cosas 64
Buscando el alba 66

II.—UNA CANCION

Más claridad 71
Más claridad, música por Isidro B. Maiztegui ... 72

Págs.

III.—LA EDAD DE LOS METALES

La edad de los metales 77
Metal caliente 79
La mina 81
La gota de mercurio 83
Conducción 85
La fragua 87
El metal maleable 89
El hierro 91
El clavo 93
La bisagra 95
El imán 97
Recuerdo para Antonio Machado 100
Andalucía, julio 102
Canción de la plata 104
La llave de la casa 106
La moneda 108
La fe 111
Mina oscura 113

LIBROS DE LEOPOLDO DE LUIS

Alba del hijo.—Colección «Mensajes». Madrid, 1946.

Huésped de un tiempo sombrío.—Colección «Norte». San Sebastián, 1948.

Los imposibles pájaros.—Colección «Adonais». Madrid, 1949.

Los horizontes.—Colección «Planas de Poesía». Las Palmas de Gran Canaria, 1951.

Elegía en Otoño.—Colección «Neblí». Madrid, 1952.

El árbol y otros poemas.—Colección «Tito Hombre». Santander, 1954.

El padre.—Colección «Mirto y Laurel». Melilla, 1954.

El extraño.—Colección «Agora». Madrid, 1955.

Teatro real.—Colección «Adonais». Madrid, 1957.

Juego limpio.—Colección «Palabra y Tiempo». Madrid, 1961.

PALABRA Y TIEMPO

COLECCION DE POESIA

DIRECTOR

LUIS LOPEZ ANGLADA

SECRETARIO

JESUS ACACIO PEREZ TORREA

CONSEJO ASESOR

MANUEL ALVAREZ ORTEGA
JOSE GARCIA NIETO
JOAQUIN LEON

Viñeta de la portada
por
SANTAMARIA

Suscripción trimestral

De honor, 300 pesetas.

Corriente, 60 pesetas.

Dirección: Ferraz, 124, 3.º

MADRID

TABLA DE SUSCRIPTORES

A

«PALABRA Y TIEMPO»

Suscripción especial

BANCO IBERICO

Suscriptores de honor

Arturo Fierro Viña
Alvaro García de la Noceda
José Luis Rodríguez Pomatta
Luis Rodríguez Viña
Antonio Bellver Uzquiano
Luis Esteban de Goicoechea
Faustino Casanueva Sánchez
Jesús González Palacios
José María Jove Arechandieta
Carlos Montero Ramírez
José María Luelmo
Pablo Tarrero
Carlos Belmonte
Antonio Garríguez Díaz-Cañabate

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO, "JUEGO LIMPIO",
DE LEOPOLDO DE LUIS, QUINTO VOLUMEN
DE LA COLECCION "PALABRA Y TIEMPO", EN MADRID,
Y EN "GRAFICAS OSCA, S. A.", EL DIA
30 DE JUNIO DE 1961

PALABRA
Y
TIEMPO

VOLUMENES PUBLICADOS

1. José García Nieto.
   «Geografía es amor.»
   (*Premio Nacional de Literatura*)

2. Eladio Cabañero.
   «Recordatorio.»

3. Luis López Anglada.
   «Contemplación de España.»

4. Gerardo Diego.
   (*De la Real Academia Española*)
   «Glosa a Villamediana.»

5. Leopoldo de Luis.
   «Juego limpio.»

EN PRENSA

6 José Gerardo Manrique de Lara.
   «Requiem.»

7. Manuel Alcántara.
   «Plaza Mayor.»

8. Leopoldo Panero.
   «La verdad en persona.»

LIBROS SUCESIVOS DE

Jesús Acacio, Ramón de Garciasol, Joaquín León, José Luis Prado Nogueira, Tomás Preciado, M. Alvarez Ortega, Rafael Montesinos, etcétera.

---

35 ptas.

3 V
Pc

TAURUS

Conde del Valle del Suchil, 4

MADRID